

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Unificación o absorción?

No hace mucho, cuando nosotros poníamos nuestro concepto resuelto del frente único revolucionario, rechazando todo acercamiento a los reformistas políticos y apolíticos, los que pretenden monopolizar la decencia y el pundonor, la sinceridad y la valentía revolucionarias, los tacharon de enemigos de la causa del trabajo y agentes de la burguesía. Ello no impidió, naturalmente, que los hechos siguieran su curso lógico y nos vinieran a dar razón, justificando nuestra insistencia de ayer la vergonzosa mirada de los llamados "comunistas de Plaza", que abandonan armas y bagaje para plegarse al bando de la acción internacional, representada por el bolcheviquismo ruso aliado con la burguesía europea y con los calificados traidores del proletariado consciente.

En aquella ocasión nosotros defendíamos la independencia de nuestro movimiento y nos resistimos a aceptar concepciones que representaban una negación de las ideas anarquistas. Y nuestra lucha contra los centralistas y autoritarios, nuestra oposición a los defensores de la dictadura y del Estado, se basaba en un claro principio filosófico y en razones ideológicas que nadie nos pudo rebatir. El comunismo político fracasó como ideal revolucionario como sistema económico en oposición al régimen burgués, y de ese caso están sufriendo hoy las consecuencias las minorías políticas que se formaron al margen del Partido Socialista.

La alianza pactada en Berlín por representantes de la Tercera, la Segunda y la Dos y Media Internacionales, destruye toda posibilidad de resurgimiento de la fracción comunista. El frente único político — como el sindical — es sólo posible mediante la absorción de las minorías por la prevalencia del grupo político más importante de cada país. Así comprendieron los dirigentes del Partido Socialista de la Argentina, al abrir las puertas a los ex afiliados y expulsaron o que se retiraron esa agrupación al producirse el una que dió origen al grupo internacional — más tarde llamado comunista — ya que el único frente posible ha de realizarse mediante ese torno de los "indisciplinados" al no del núcleo reformista, superior número y también más encuadrado en las "nuevas realidades históricas". ¿Qué les queda hacer a los bolcheviquis criollos después de la alianza pactada por los rojos con los renegados y traidores de las dos internacionales reformistas? Volver al partido, o quedar reducidos a un simple grupo familiar, sin importancia en las luchas electorales, único



¡Hacia el futuro!

campo de acción compatible con sus ideas, con su espíritu y con su mentalidad.

La nueva tentativa de frente único, significa la absorción de los pequeños grupos por el más poderoso y mejor disciplinado, lo que importa el renunciamento a toda lucha contra el reformismo, por lo mismo que tiene de su parte la fuerza del número. ¿Por qué los comunistas criollos se niegan a aceptar esa resolución de los jefes de la Tercera Internacional? Precisamente porque se dan cuenta de su anulación como minoría y, a falta de ideas que oponer al reformismo — porque todos los políticos son reformistas —, defienden su grupo familiar con la esperanza de robustecerlo y acrecentarlo a costa de las organizaciones obreras que sufrieron en los últimos

años la influencia de su política dictatorial y centralista.

Pero la suerte está echada. El comunismo perdió su influencia en los sindicatos y sufrió una total derrota en el campo político. Por otra parte, la alianza bolcheviqui-socialista es un hecho y sus consecuencias se dejarán sentir muy pronto sobre el movimiento que nació y se desarrolló al influjo de la revolución rusa.

Un telegrama de Berlín, publicado recientemente por la prensa rica, decía que, según una información publicada por el periódico "Rui" el Comité de la Internacional Comunista acaba de ratificar el acuerdo celebrado por las tres Internacionales en su reciente reunión de aquella capital.

Dice la información que el Comité de Moscú ha elegido para que lo

represente en la Comisión común compuesta de nueve miembros, a Clara Zetkin, Frossart y Radek.

La Internacional Comunista ha dirigido, al mismo tiempo, un llamamiento a todos los obreros del mundo, en el cual declara que los jefes de la Segunda Internacional intentan destruir en su origen el frente único, rechazando la proposición formulada por los comunistas de convocar un congreso mundial de los trabajadores para revisar el Tratado de Versalles.

Añade el referido documento que el frente único significa la unión de todos los obreros comunistas, anarquistas, demócratas, socialistas cristianos y neutrales, contra la burguesía, unión que se hará, naturalmente, con los jefes, pero que, si éstos impiden la formación del frente único, se hará contra los jefes.

LOS CAMPEÑINOS EN LA REVOLUCIÓN RUSA

Desde el estallido de la revolución hasta la caída de Kerensky

El estallido de la revolución rusa ha sido señalado por dos hechos principales, que tuvieron estrecha conexión: la derrota del ejército y la ocupación y redistribución de las tierras.

El ejército ruso estaba compuesto, en su mayor parte, por campesinos, que sufrían con resignación la guerra, pero la hacían sin entusiasmo. Ridículo resultaba ver a un campesino cuando durante la guerra, en una entrevista con el coronel de la guerra, en la guerra de Milán, hablaba de la convicción guerrera del campesino ruso, basada en el estudio sereno de las causas del conflicto europeo y sobre su adhesión al programa democrático de la Entente. No había nada de esto. Sobre los campesinos rusos (cuyas cuatro quintas partes son analfabetos) no tuvo más que una influencia mínima la propaganda guerrista a base de disfraces democráticos y pacifistas, que tanto influyó sobre las masas de los combatientes en los países occidentales. Boris Sokoloff, dictador socialista revolucionario a la constituyente rusa, que, encontrándose al frente, cuando estalló la revolución, como presidente del Soviet de los diputados-soldados tuvo ocasión de conocer el estado de ánimo predominante entre las masas de los soldados, cuenta que la mayor preocupación de los combatientes era la de saber cuándo se haría la paz.

Después de la caída del régimen zarista los ejércitos del frente sud-occidental volvieron a tomar la ofensiva, tras una larga campaña de persuasiones, pero la reanudación del combate fué muy poco briosa. Después del descalabro de la ofensiva de Tarnopol, los soldados se convencieron de que la paz estaba muy cercana, y fueron atraídos, en masa, hacia el derrotismo. Los campesinos soldados, narra Sokoloff, decían: "Ahora que Rusia se ha hecho libre y estamos a punto de tener la tierra, la muerte nos parece aun más terrible".

Es necesario, pues, tener en cuenta la repercusión que tuvo en el frente el reparto de las tierras. Roberto Minor, el conocido periodista americano, correspondiente del "The Liberator" en Rusia, en un artículo (publicado por la Feuille de la "nebra") escribía a este respecto: "Los campesinos movilizados, temiendo que el reparto de las tierras se hiciese sin ellos, abandonaban en masa el frente y volvían a las aldeas".

La revolución agraria estalló, en muchas aldeas, bajo la presión del hambre, debido principalmente al hecho de que mientras los campesinos vendieron en el mercado sus cosechas, los latifundistas, dueños de enormes partidas de cereales, especularon sobre los granos, esperando que los precios fueran cada vez más ventajosos. Este hecho aceleró la crisis. Se encontraban de frente y en un aspero contraste los intereses de algunos millares de latifundistas con los de millones de campesinos. El aspecto que presenta la revolución agraria, en sus primeros meses de desarrollo, es el de la lucha. He aquí el cuadro que de él ofrece un opúsculo ruso ("Nuestra táctica"):

"La revolución se manifestó en cada aldea. Cada comunidad rural decidió en sus asambleas lo que habría debido hacer de las tierras, y cada aldea (y, no sólo bien, no un grupo de individuos) apropió las tierras de los latifundistas del Estado. Los nidos de estos abyectos tiranos — lugares de crápula señorial y de vergüenza popular — eran incendiados. El inventario agrícola se hacía propiedad de la comunidad y era repartido entre los campesinos. Donde las aspiraciones comunistas rurales no habían sido destruidas por los decretos de Stolypin, toda la tierra, las máquinas, el ganado y los granos se convertían en propiedad común. Donde las instituciones rurales no podían seguir la marcha de la revolución, eran reemplazadas por los comités agrarios. En cuanto a las autoridades de las aldeas, desaparecieron a la primera descarga de un fusil revolucionario.

Las instituciones jurídicas — tribunal comunal o local — no funcionaban más, careciendo de su sostén: la policía".

Los primeros meses de la revolución rusa presentan, pues, caracteres de espontánea tendencia de las masas rurales hacia la expropiación. Esta tendencia llevó consigo la destrucción de los órganos políticos y jurídicos del antiguo régimen pero se manifestó también bajo la forma del más estrecho localismo. El reparto de las tierras desarrolló además los instintos egoístas de los campesinos, haciendo difícil el establecimiento de un orden sobre bases igualitarias, cooperativas y federalistas. Si no para toda, es seguramente verdadero para una gran parte de Rusia lo que Lenin decía, hablando de los primeros meses de la revolución, en una entrevista con Vilkins (8 de septiembre de 1920 — publicada por el "Libertaire de Paris"); o sea: "Se puede decir que cada aldea era una pequeña república que se desentendía de todo lo que sucedía más allá de sus fronteras. Los campesinos se repartían la tierra a su modo y no siempre equitativamente". Este aspecto de la revolución agraria de los primeros meses, según Lenin, está confirmado por lo que han escrito al respecto todos los que estudian directamente las fases de desarrollo de la revolución rusa.

Vilkins, por ejemplo, en su artículo "Los campesinos y la Revolución, publicado en el "Libertaire", escribe:

"Cuando estalló la revolución, la partición de las tierras no se efectuó con método. Aquí, los soviets de las aldeas — entonces verdadera expresión de las masas rurales — realizaban la partición de las tierras con criterio igualitario; allí, hubo incoherencia, buscando cada uno de apropiarse los lotes que le parecían mejores y que estaban más cerca de su morada. En general todos aquellos que cultivaban por sí mismos su tierra o se servían de unos pocos asalariados, quedaron en posesión de sus tierras. En muchas regiones no se hizo la partición, porque ella había precedido a la Revolución y en otras porque había demasiada tierra en proporción a los brazos. Sucedió además que los sin tierra no pudieron aprovechar de la partición, a causa de la insuficiencia de los implementos agrícolas, de las semillas, del ganado. Sus porciones quedaron sin cultivar, y los campesinos pobres se vieron constreñidos a alquilar de nuevo sus brazos. En suma, es principalmente la clase media de los pequeños campesinos que poseía ya algo la que aprovechó de la Revolución. Ella los libró de la servidumbre del propietario y les dio la esperanza de trabajar para sí mismos en completa independencia".

Después de estas referencias sobre las tendencias de la revolución rusa en los primeros meses de desarrollo, que constituyeron el ambiente en que se desarrolló la primera fase de la política agraria bolchevique, creo oportuno seguir, en sus líneas principales, los más importantes acontecimientos que se sucedieron en el paréntesis de la dictadura de Kerensky. Lo que sigue está limitado, por necesidad, a aquellos sucesos que pueden dar una idea general de la política agraria del período que examinamos.

El 7 de marzo de 1917 una orden del gobierno provisional creaba en Petrogrado una gran comisión central agraria y organizaba comités agrarios en toda Rusia, con el fin de recoger informaciones sobre las necesidades agrarias de la población. Estas informaciones debían servir para elaborar una ley agraria general que se sometería al examen de la Asamblea Constituyente. Contemporáneamente el gobierno renovaba su llamado a los campesinos soldados en el frente, en el que se les invitaba a esperar pacientemente esta ley y a no querer resolver arbitrariamente la cuestión agraria, lo que habría llevado a la completa desorganización del país. El 9 de marzo el

Congreso del Partido de la Libertad y de los constitucionales democráticos, examinado el proyecto agrario, no tomó ninguna decisión, pero se pronunció a favor del principio de que las tierras debían ser dadas a los que las trabajan. Al día siguiente el Congreso de los delegados de los campesinos de todas las Rusias votó una moción que proponía como futuro régimen político la República democrática federal. El 12, el mismo Congreso amenazaba a la población de Kronstadt, que se había sublevado, con suspender el envío de víveres si no reconocía al Gobierno provisional, y se declaraba adverso a las aspiraciones separatistas, prometiendo, al gobierno el apoyo de los campesinos. El mismo día el gobierno provisional publicaba una ordenanza oficial, la que ponía a disposición del Estado las reservas de la cosecha de cereales y forrajes y toda la cosecha de 1917, excepto los cereales y los forrajes necesarios para la siembra y el ganado perteneciente a los campesinos productores (el Turquestan y el territorio transcaucásico estaban exentos de tales medidas).

Al mismo tiempo el gobierno prescribía la creación, en todo el país, de órganos locales de aprovisionamiento, compuestos por representantes de las ciudades y de la campaña, además de las instituciones públicas de las provincias. El 13 de marzo se reunió en Petrogrado el Congreso de los delegados de los campesinos, que fué una reunión preparatoria de la Asamblea Constituyente. Este Congreso, el día 17 votó una orden del día tendiente a la abolición de la propiedad territorial privada y pidiendo que todas las tierras, aguas y bosques se declarasen propiedades nacionales. El 18 de abril el Congreso nacional del Consejo de los delegados obreros y militares votó una moción sobre la cuestión agraria, en la que se reclamaba la confiscación sin restricciones de todas las tierras pertenecientes a la corona, a las iglesias y monasterios, y la entrega de estas tierras a los campesinos. No obstante, la moción aplazaba la solución definitiva del problema agrario, confiándola a la Constituyente. En este Congreso Plekanoff pronunció un aplaudido discurso por la continuación de la guerra, y la asamblea se disolvió cantando la Marsellesa. El 23 el Gobierno provisional publicó una larga declaración en la que se hacía un llamado al país para la defensa de los confines rusos amenazados, y en muchas

partes traspassados, por el ejército ruso, y se declaraba a propósito de las cuestiones agrarias, cosas muy vagas.

Las medidas del gobierno en lo concerniente a la cuestión agraria estaban determinadas por la convicción de que en conformidad con las exigencias de la economía nacional, y de los programas formulados por todos los partidos democráticos del país, la reforma agraria debía tener por base el principio de la entrega de la tierra a los trabajadores, pero no estaban a la altura de la situación y no tenían bastante en cuenta la precipitación de los acontecimientos. Lo demuestra el proyecto de reforma agraria que el gobierno preparó para la Asamblea Constituyente. Las medidas que el gobierno se proponía tomar, en seguida comprendían:

1) La liquidación completa de la antigua política agraria que arruinaba y desorganizaba la campaña; 2) la tutela de la plena libertad de la Constituyente, en cuanto a la repartición de la propiedad territorial del país; 3) la disciplina de las relaciones territoriales desde el punto de vista de los intereses de la defensa nacional y del aprovisionamiento del país.

Este es el programa, pero faltaban ideas claras sobre el modo de realizarlo.

Recompuesto el ministerio, habiendo dimitido, por divergencias referentes al problema agrario el príncipe Lwoff, fué nombrado ministro de agricultura Cerloff, que defendió la siguiente solución del problema agrario:

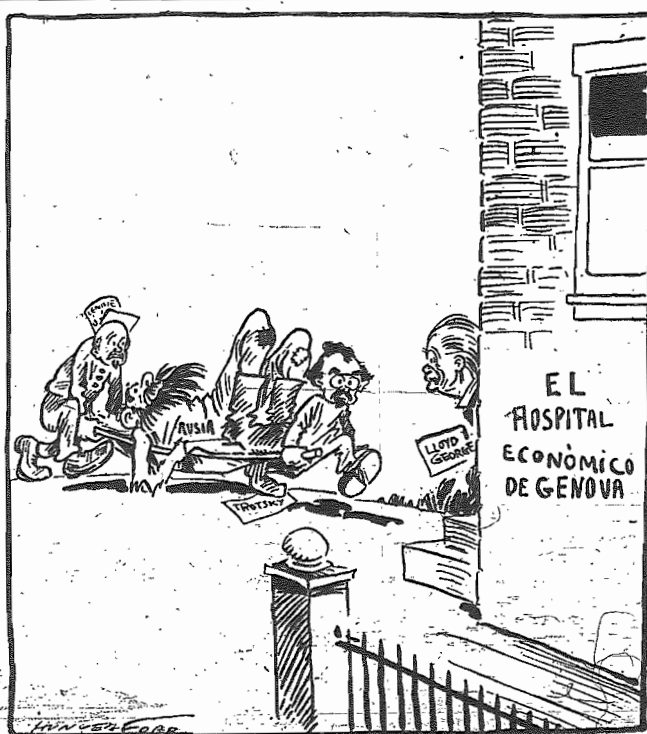
1) Toda la tierra, con el subsuelo, aguas y florestas debe ser puesta fuera del cambio comercial.

2) El derecho supremo de disponer debe pertenecer a todo el pueblo que usufructúa este derecho por medio de sus órganos democráticos, desde los consejos comunales hasta el poder central del pueblo.

3) El usufructo de la tierra debe estar asegurado a toda la población en las condiciones que garanticen el crecimiento de las fuerzas productoras y el desarrollo de la producción social y cooperativa.

4) Los derechos de los usufructuarios, así individuales como colectivos, deben ser garantidos por normas jurídicas especiales sobre la base de la igualdad de todos los ciudadanos.

5) Las normas locales, términos y condiciones del usufructo son elaboradas y periódicamente revisadas por los órga-



Los bolcheviques, después de aniquilar al pueblo ruso con su política autoritaria y centralista, entregan la Revolución en manos del Capitalismo. Es el último recurso que les queda para salvar su gobierno de una completa bancarrota.

uos del gobierno local bajo el control de los superiores.

6) La cesión de las secciones de tierra a un usufructuario a otro, además de las normas de compensación por mejoramientos no utilizados, etc., serán regulados por cuerpos electivos especiales.

7) El carácter de las medidas provisionales, necesarias en los lugares con complicadas relaciones territoriales y del término de tales medidas de paso de un estado de cosas a otro, serán determinados por disposiciones legislativas especiales, probablemente elaboradas y discutidas en los mismos lugares.

El momento parecía propicio a una gran reforma agraria. Las campañas estaban en fermento y animadas de propósitos de reconstrucción. Los campesinos organizaban una milicia propia en sustitución de la vieja policía, nombraban nuevas autoridades locales, convocaban asambleas comunales, daban seguridades al nuevo gobierno para el aprovisionamiento del ejército y población urbana. En muchas gobernaciones los campesinos rebajaban espontáneamente los precios de sus productos. Un gran número de asambleas locales votaba dinero para organizar cursos de conferencias políticas (en el gobierno de Perm el zemstvo local destinaba 50 mil rublos a este fin).

La idea de los derechos de la mujer empezaba a difundirse, de tal modo, que el gobierno de Ekaterinoslav los campesinos elegían a las mujeres para que las representaran ante el gobierno.

Peró la situación agraria empeoraba. El 31 de abril, el ministro de aprovisionamiento, Flekanoff, pronunciaba, en el Congreso de los delegados en el frente, un discurso, exponiendo la situación económica del país. Constataba que el monopolio de los cereales no había sido realizado, dadas las dificultades para organizarlo, especialmente en las pequeñas comunas y en las aldeas. Las provisiones, que habían aumentado en marzo, disminuyeron muchísimo en abril. Según el ministro, la población y el ejército tenían necesidad de 13 millones de puds de trigo por semana. En cambio, sólo 5 millones llegaban en abril a las estaciones. El preveía una crisis aún mayor. La organización del monopolio de los granos no había mejorado la situación, porque los campesinos no daban ningún valor al papel moneda y no cambiaban sus productos sino contra materias primas, especialmente hierro y oro, mientras que solamente los talleres dedicados a la defensa nacional requerían por sí solos 30 millones de puds.

Además de las graves dificultades con que tropesaba en la reorganización de la defensa nacional, el gobierno de Kerensky se encontraba frente a graves dificultades para su consolidación.

El impulso de la revolución agraria había socavado el terreno bajo el edificio en construcción. Una relación del Comité provisorio de la Duma decía, la víspera de la caída de Kerensky: "la deficiencia de autoridad gubernativa, la falta de prestigio en las existentes y, por fin, la falta de fuerza pública — habiendo sido destruidas la policía y gendarmería antiguas y substituidas por la milicia nacional — han roto todo freno. Los campesinos, por la manía de la política y de los comicios, desertan de la campaña, o se dan a la conquista — es la verdadera palabra — de las tierras de los grandes propietarios y de las posesiones del Estado. En el gobierno de Kazan todos los propietarios han abandonado sus tierras y se han refugiado en las ciudades, por la poca seguridad en las campañas infectadas de terroristas y bandos. La precipitada política de Cernov ha instigado la codicia de los campesinos, quienes se dejan arrastrar a los más graves excesos. Los hechos de la gobernación de Kazan constituyen sólo un ejemplo; en otras partes de Rusia han empezado abiertamente la división de las tierras de los ricos propietarios".

En este mismo período L. Magrini en una correspondencia desde Moscú al *Secolo* trazaba este sintético cuadro:

"En vísperas de la revolución bolchevique la situación en la campaña, entre las inquietas masas obreras de las ciudades y en el ejército era extremadamente complicada. La impaciencia, la intolerancia, la incompreensión y la indisciplina

de las masas fomentada por la propaganda bolchevique fermentaban con ilimitada libertad en la frágil contesura del gobierno de Kerensky. La revolución había prometido la tierra a los campesinos, pero al mismo tiempo el gobierno provisorio exigía que hasta la reunión de la Constituyente los campesinos no tocasen la tierra.

"Los campesinos impacientes se apropiaban arbitrariamente de la tierra y el gobierno estaba obligado a recurrir a medidas represivas arrestando a los comités rurales y proclamando en algunos distritos el estado de sitio. En el ejército, en las ciudades y en el campo se acentuaba el cansancio de la guerra; las deserciones asumían proporciones cada vez más vastas; masas enormes de desertores recorrían los campos, se agolpaban en las ciudades, reclamaban la paz".

De esta ojeada general a los principales aspectos de la Revolución rusa en sus primeros meses de vida, resultan dos hechos importantes: 1.º Que la dictadura de Kerensky no estuvo a la altura de la situación; 2.º que la revolución agraria había cumplido casi enteramente su fase de acción demoledora cuando los bolcheviques se apoderaron del poder. Es necesario tener constantemente en cuenta estos dos hechos para comprender y juzgar la primera fase de la política agraria bolchevique.

C. BERNERI.

Las riquezas de la Iglesia

El corresponsal de la "Associated Press" en Moscú, informó hace días que la famosa catedral de Troitsky en Petrágrado ha sido saqueada de todos sus tesoros y se anuncian de otras partes hechos parecidos. Prosigue sin grandes dificultades la requisición de los bienes pertenecientes a la Iglesia, habiéndose llevado a cabo en unas tres cuartas partes en esa ciudad. Esos bienes comprenden grandes cantidades de ornamentos de plata, miles de onzas de artículos de oro, perlas y piedras preciosas en cantidades fabulosas, las que han sido depositadas en un lugar donde se guardarán mientras llegue el momento de hacer su selección. Los tesoros recogidos en la ciudad de Moscú únicamente, y que han sido vistos por el corresponsal, ocupan una gran cantidad de cajones que llegan hasta el techo del lugar donde están depositadas y que tiene una altura de 15 metros por un largo de 33. Hay otros cuatro pisos ocupados con lo requisado en otras ciudades de provincia. El monasterio de Kieff ha entregado, entre otros objetos preciosos, una lámpara ornamental de oro en la cual se encuentran incrustados 241 diamantes y 207 perlas. El tribunal revolucionario se encuentra ahora juzgando a 60 personas, la mayoría clérigos, entre los que encuentran el obispo Nikandel y el canónigo Lubimoff, acusados de hacer propaganda para resistir la requisición. Existen igualmente otros juicios en trámite en varias ciudades de provincia. En Poltava varios sacerdotes han sido sentenciados a seis meses de trabajos forzados por ese motivo.

Una revolución que dejó esas riquezas almacenadas en las iglesias, se puede decir que fué incompleta, y máxime si se tiene en cuenta que sólo se llegaron a expropiar mediante un decreto del gobierno y con el justificativo de comprar alimentos para millones de hambrientos. ¿Quién duda hoy que el bolcheviquismo, en su obra contrarrevolucionaria, en su defensa de la propiedad y de los privilegios, representó siempre el papel de perro guardián de los tesoros acumulados por el clero, impidiendo una expropiación directa por parte de los trabajadores.

Si después de cinco años de revolución existían acumulados semejantes tesoros, es precisamente porque el gobierno protegió a sus poseedores e impidió que fueran expropiados. Y esto nos da la medida de lo que por comunismo entienden esos comunistas autoritarios.

Suscribase a "La Protesta" y el suplemento 12

Iconografía de artistas revolucionarios

Octavio Mirbeau

Muy pocos son los que han recordado a este recio artista en el reciente aniversario de su muerte. Es indudable que Octavio Mirbeau no necesita las frases opologéticas de los literatos y periodistas a tanto la línea, puesto que siempre fué uno de sus más implacables fustigadores. Empero, bien merece, por parte nuestra, algunas palabras de ferviente homenaje. Su obra magnífica de rebelde ha sido el fruto de una vida dedicada a los humildes; cada libro es una conmovedora batalla en pro de la justicia y el triunfo de la causa del pueblo. Por eso, su labor literaria es un monumento imperecedero, el cual ha de cimentarse cada vez más en el corazón de todos aquellos que tienen un amor por todo lo bello que hay en la vida y un odio por todo lo que la afea.

Sería necesario que los trabajadores pudiesen leer todos sus libros, no ciertas traducciones incompletas y fragmentarias. También sería necesario que leyese aquellas obras donde ha puesto lo mejor de su alma de combatiente infatigable, contra las injusticias sociales. Y si pudiesen leerlos en su idioma original, en ese francés al cual supo darle un vigor expresivo intraducible a otros idiomas, tal vez, entonces, les sería posible aferrar y sentir lo exquisito y lo profundo de su sensibilidad que, si, por momentos, fué tempestuosa y violenta, lo fué por conmoverse poderosamente con todas las miserias humanas.

Ningún escritor ha osado llevar a cabo una requisitoria tan implacable contra la sociedad burguesa. Sus acusaciones, empero, no tuvieron por base más que un profundo amor y un vehemente deseo de derribar el mal. En la Argentina, los trabajadores conocen "Los malos pastores" que es como un acto de fe anarquista, "El diario de una mucama", "Sebastián Roch", pero ignoran los capítulos magníficos de "28 días de un neurasténico", así como han de ignorar "628-B-8", el libro de su gira en automóvil por Europa, donde con trazos breves y vigorosos, esculpe la fisonomía protiforme del viejo mundo, haciendo resaltar con mano maestra la carcoma que le roe. Quizás también ignoren su último libro "Dingo" que es como un alarido de rebelión contra todas las infamias que forman la urdimbre de la vida social.

Crítico despiadado, demoledor incansable, denunció el mal, sin miramientos para nadie, donde quiera que lo hallase. Falsos escritores, charlatanes de la ciencia, artistas sin pudor, acróbatas de la política, todos hubieron de sufrir los latigazos justicieros de sus sarcasmos. A nadie perdonó. Y para el mundo convencional burgués, sus sátiras fueron de una comicidad y de un ridículo demoledor. Supo poner a descubierto todas las taras que minan y corrompen esta sociedad caduca y tambaleante. El militarismo asesino y la religión nefasta e hipócrita, recibieron también sus más fuertes fatigas. Pero lo que más le sublevaba era la plebe abyecta de los políticos de todos los colores y todos los calibres, y, contra ellos, ha combatido la más vigorosa y, para nosotros, la más simpática batalla.

Para hablar dignamente de Mirbeau, sería necesario escribir muchas páginas

y poseer ese don divino de un estilo ágil y rico, pintoresco e incisivo como el suyo, que constituye en sus libros uno de los mayores encantos y su gran fuerza. Pero no es ese nuestro propósito, tampoco nuestra capacidad nos lo permitiría. Humildemente, sólo queremos acordarlo con algunas líneas a fin de citar a los compañeros a que busquen sus libros y lo lean. Verán entonces como con el mismo ahínco que persiguió la injusticia social persiguió la injusticia estética. Por eso, no está de más hacer notar que, en castellano falta biografía que venga a colocar en su verdadero lugar a la figura de Octavio Mirbeau, no solamente como hombre de letras impecable y apasionado, sino también en su aspecto de explorador literario y social, de crítico defensor de Rodin, descubridor de un Maeterlinck de tantos otros artistas nuevos, combatidos por la crítica burguesa y mercantilizada. Luego, en lo complejo de su personalidad literaria, siempre y en todo instante, ya en sus cuentos o en sus artículos sobre arte, se siente palpar el corazón de un hombre generoso, capaz de los mayores entusiasmos espirituales. Léase, por ejemplo, esta carta dirigida a Maupassant y se verá cómo llega hasta desprenderse a sí mismo por exaltar su amigo:

"Vivo en una doble angustia y en una doble lucha. Me estrecho contra el abyecto rebelde y el matiz que huye; y cuando llega el anochecer, fatigado de las obras y descorazonado de mi pluma siempre postergo para el día siguiente el propósito de escribir mis cartas. Ese mañana nunca llega.

Esto, sin embargo, no me ha impedido leer tu último volumen. Con toda sinceridad, admiro el modo como has sabido hacerte maestro de tu arte. Hay en todo lo que realizas una agilidad, una variedad y una desenvoltura tan naturales y vigorosas que excluye la huella del menor esfuerzo. Para emplear una expresión de pintor, te diré que jamás se nota una falta de color, ni una confusión de tonos; siempre sabes dar la importancia requerida, a la línea característica. He llegado, querido amigo mío, a la percepción y a una bella serenidad en arte que te envidio, que me asombra y me desespera..."

Por último, según uno de sus biógrafos, Mirbeau, tanto en la intimidad como en público, ha sabido como nadie practicar esa magnífica caridad intelectual que un filósofo singular, Helió, calificaba, con la amargura de no haber experimentado alrededor de su cabeza. En efecto, fué ardiente y generoso, amó el Bien por encima de todas las cosas.

Romain Rolland

Alrededor de las actividades literarias de Romain Rolland se ha hecho en Europa un gran silencio. Sólo la revista "Clarté", ha recordado su nombre en una otra ocasión. Conoce el pueblo y los trabajadores argentinos todos los libros del solitario de Ginebra?

Poco tiempo ha, su último libro "Caramba" fué traducido al castellano. Tal vez, con "Juan Cristóbal", sea la obra que más se ha popularizado. Pero, así mismo, "Juan Cristóbal", una obra de vastas proporciones que

todos tienen en ella. Sin embargo, el músico genial, los distintos con los arduos de las más contemporáneas con las dimensiones de la también contramandancia, pese y a trozos muchos.

De cualquier das resultan terminaría: "una generación En efecto, "torla viva y de la moral d Nació Roma 1866; fué alumno en París, y pasó de Roma. de la música diez años en Alemania e admiración de Entusiasta peare, no lo fué ni a uno ni a la influencia en el ánimo honda y, ahora, ración con G edita en francés, remediar sados y terti una caverna sin escarpulos en el más al como lo demo guerra, la inf ejerció solamente, si así pu embargo, a qu arraigadas. Y modo. maltrat naia Poliana, main Rolland dos los trabaj tener una noc verdadera arti Quinzaine" de primera edición mos y sin de el teatro, y p del adulterio, aplaudía, un lar; recogidas "Teatro de las días de la Fe" que se comple y de polémica

Recatado y puso a sus eternos la "V bres", Beethov Hoche y quiz Estos son leen con más tidad de fervo ma generosa tista que sue for y que, a lucha con de sobre la tier razón de ser La tierra h todos los hon se propietario de haber sat naturales. Lo s la violencia

JUAN MARTEAU

I Un sueño

Hablábase de sueños, y Juan Marteau dijo que un sueño había dejado en su imaginación una huella imborrable.

—Sería profético—adujo el señor Goubin.

—Aquel sueño—respondió Juan Marteau—no tiene de extraordinario ni siquiera su incoherencia, pero vi sus imágenes con una precisión tan dolorosa, que no puede compararse a nada. Nada en el mundo me ha quedado tan presente ni me ha sido tan sensible como las visiones de aquel sueño. Por esto me parece interesante. Me hizo comprender las alucinaciones de los místicos. Si en aquella ocasión me faltara espíritu científico seguramente mi sueño me parecería una apocalipsis o una revelación, y buscaría en él principios de conducta y reglas de vida. Debo advertirles que tuve aquel sueño en circunstancias particulares. Estábamos en la primavera de mil ochocientos noventa y cinco; yo había cumplido los veinte años. Recién llegado a París, atravesaba tiempos difíciles. Aquella noche hallábase acostado sobre el césped espeso del bosque de Versalles sin haber comido en veinticuatro horas. No experimentaba sufrimiento alguno, y me sentía en un estado de dulzura y de agilidad sólo interrumpido a veces por una impresión de inquietud. Parecíame que ni dormía ni velaba. Una niña, una niña muy pequeña, con una caperuza azul y un delantal blanco, al atardecer, andaba con muletas por una llanura. Sus muletas, a cada paso que daba, se alargaban, y la izaban como unos zancos. Pronto resultaron más altos que los árboles de la orilla del río. Una mujer advirtió mi sorpresa, y me dijo: «No sabe usted que las muletas crecen en primavera? Hay momentos en que se alargan con una rapidez espantosa».

Un hombre, cuyo rostro no pude divisar, dijo: «Es la hora climatérica».

Entonces, con un rumor débil y misterioso que me asustó, las hierbas comenzaron a crecer en torno mío. Levantéme y llegué a una llanura cubierta de plantas pálidas, esponjosas y muertas. Allí encontré a Vernaux, mi único amigo en París, donde vivía tan pobremente como yo. Durante largo rato anduvimos juntos y sin articular ni una palabra. En el cielo parecían discos de oro pálido las estrellas enormes y sin resplandor.

Como yo no ignoraba la causa, se la expliqué a Vernaux. —Es un fenómeno de óptica—le dije—Nuestros ojos no son como deberían ser.

Y con minucioso cuidado y grandes dificultades, proseguí una demostración basada principalmente en la completa identidad del ojo humano y del telescopio.

Mientras yo razonaba, Vernaux halló en el suelo, entre las hierbas lividas, un enorme sombrero negro y redondo, con un galón de oro y una hebilla de diamantes. Me lo puso en la cabeza, y me dijo.

—Es el sombrero del señor alcalde.

—Evidentemente—le respondí.

Y seguí mi demostración. Era tan árdua, que me corría el sudor por la frente; a cada momento perdía el hilo y empezaba de nuevo con la misma frase: «Los grandes saurios que nadaban en las aguas calientes de los mares primitivos, tenían los ojos formados como un telescopio».

Cuando advertí que Vernaux había desaparecido, me detuve; pero en seguida le hallé en una hondonada, traspasado en un asador, sobre un fuego de leña menuda. Varios indios, con los cabellos atados en lo alto de la cabeza, le rodeaban con una enorme cuchara, y hacían girar el asador. Con voz clara, Vernaux me dijo: «Melania ha llegado».

Entonces advertí que tenía la cabeza y el cuello de pollo; pero yo sólo pensaba en encontrar a Melania, a quien un presentimiento me la hizo ver como la más hermosa de las mujeres. Corrí, y al llegar a un lindero del bosque, divisé, a la claridad de la luna, una forma blanca y fugaz cuyos cabellos de un rojo magnífico resbalaban sobre la espalda. Un resplandor plateado acariciaba sus hombros. Una línea de sombra azul dividía su torso, y sus cabellos que se balanceaban al andar, sonreían con divina sonrisa. Vi claramente, otra sombra que aumentaba o disminuía bajo la corva, según estuviese la pierna estirada o encogida. Vi también la sonrosada planta de sus pies. Perseguíla durante largo rato sin fatigarme y, con andar ligero como el vuelo de los pájaros; pero la velaba una sombría oscuridad y su fuga incesante me condujo a un camino tan estrecho, que una pequeña estufa de función bastó para cerrarme el paso. Era una de esas estufas con largos tubos en ángulos como las hay en los talleres. El hierro estaba enrojecido. Un gato de pelo corto me contemplaba desde la estufa, sobre la cual se había sentado. Al acercarme vi, por las resquebrajaduras de su piel tostada, el metal fundido que rellenaba su cuerpo. Maullaba, y comprendí que tenía sed. Para buscarle agua bajé la pendiente de un frondoso bosque de fresnos y álamos. En el fondo de un barranco deslizábase un arroyo, pero las enormes piedras y los mataderos me impidieron acercarme a la corriente. Mientras me colocaba sobre una piedra mohosa, mi brazo izquierdo desprendíase de mi hombro sin que yo sintiera dolor ni molestia. Cogió con la mano derecha; estaba insensible y frío; su contacto me causó una impresión desagradable. Reflexioné que me hallaba dispuesto a perderlo, y que sería en adelante para mí una preocupación espantosa cuidar de no perderlo. Prometíme hacer una caja de ébano para guardarlo cuando no lo usara. Sentí frío en aquella hondonada húmeda, y subí por un sendero rústico que me condujo a una llanura azotada por el viento, donde todos los árboles estaban lastimosamente tronchados. Por un camino torroso pasaba una procesión campesina y humilde, semejante a la de Rogativas del pueblo de Brécé que nuestro maestro el señor Bergeret conoce perfectamente. El clero, las cofradías y los fieles solo ofrecían la particularidad de no tener pies y caminaban sobre pequeñas ruedecitas. Reconocí bajo el palio al reverendo padre Lantaing convertido, en cura de pueblo; lloraba lágrimas de sangre. Quise gritarle: «Soy ministro plenipotenciario» Pero ahogóse la voz en mi garganta, y una larga sombra que descendió sobre mí, obligóme a levantar la cabeza: la proyectaba una de las muletas de la pobre cojita. Habían alcanzado ya más de mil metros de longitud, y la niña era ya, en lo alto, como un punto negro delante de la luna. Las estrellas habían aumentado y palidecido más y más; entre todas, reconocí tres planetas, cuya forma esférica mostrábase claramente a mis ojos. Hasta creí advertir algunas manchas negras en la superficie; pero aquellas manchas no correspondían con los dibujos de Marte, de Júpiter y de Saturno publicados en los libros de astronomía.

Entonces Vernaux acercóse a mí; le pregunté si veía los canales del planeta Marte.

—Ha caído el ministerio—me dijo. No llevaba ninguna señal del asador que le había ensartado, pero su cabeza y su cuello eran de pollo y chormechaban sales. Sentí un deseo irresistible de razonarle mi teoría óptica y de proseguir mis explicaciones desde el punto donde las interrumpí: «Los grandes saurios—le dije—que nadaban en las aguas calientes de los mares primitivos, tenían los ojos dispuestos como un telescopio».

En vez de escucharme, puso ante mí un facistol, abrió un antifonal y comenzó a cantar como un gallo.

Le volví la espalda con desagrado y tomé asiento en un tranvía que pasaba, y dentro del cual encontré un inmenso comedor, semejante al de los hoteles y los trasatlánticos, adornado con cristalerías y flores. Mujeres escotadas y hom-

bres de frac, sentados delante de los candelabros y las arañas formaban una perspectiva luminosa. Un mozo de comedor presentóme algunos manjares, y me serví; pero exhalaban un olor fétido, y el pedazo que me llevé a la boca me revolvió el estómago. Además «no sentía ningún apetito». Los invitados abandonaron la mesa sin que yo hubiese comido nada. Mientras los camareros levantaban los manteles, Vernaux acercóse y me dijo: «No has reparado en la señora escotada que estaba junto a ti. Era Melania. ¡Mírala!»

Y me señaló por la ventanilla unos hombros cubiertos de luz blanca, en la oscuridad y bajo los árboles. Salté al bosque para lanzarme en pos de la forma encantadora. Aquella vez conseguí acercarme a ella y llegué a rozarla. De pronto sentí palpitir entre mis manos una carne deliciosa; pero se deslizo entre mis brazos y besé un espinoso punzante.

Así terminó mi sueño.

—En verdad es muy triste—dijo el señor Bergeret; y recordó a la sencilla Estratonicia.

«Nuestra propia visión puede horrorizarnos».

II

La ley ha muerto, pero el juez vive

—Algunos días después—dijo Juan Marteau—tuve que dormir en un solo del bosque de Vincennes. Llevaba treinta y seis horas sin comer.

El señor Goubin limpió los cristales de sus gafas. Tenía los ojos húmedos y la mirada, seca. Contempló fijamente a Juan Marteau y le dijo en tono de reproche:

—¿Cómo es posible? ¿Tampoco había comido—respondió Juan Marteau.—Pero estuve desahogado. No se debe caer de pan. Es una incorrección. El hambre debería constituir un delito, como la vagancia. Pero en realidad los dos delitos se confunden, y el artículo 269 castiga con tres meses de cárcel a todos aquellos que carecen de medios de subsistencia. La vagancia, según el Código, es la manera de vivir de los vagabundos, gentes que no tienen domicilio acreditado ni medios de subsistencia, y que no ejercen habitualmente ningún oficio, ninguna profesión. La sociedad los considera culpables.

—Es de notar—dijo el señor Bergeret—que la manera de vivir de esos vagabundos, condenados a seis meses de cárcel y a diez años de vigilancia, es precisamente la que el buen San Francisco aconsejó a sus compañeros, a Santa María de los Angeles y a las clarisas. Si San Francisco de Asís y San Antonio de Padua vinieran en estos tiempos a predicar a París, expondríanse a verse encerrados en los calabozos de la Prefectura. No es mi ánimo, a pesar de lo que acabo de decir, denunciar a la policía los frailes mendicantes que pululan al presente y que invaden nuestros poblados. Tienen medios de subsistencia y ejercen todos los oficios.

—Son respetables, puesto que son ricos—dijo Juan Marteau,—y la mendicidad solo está prohibida para los pobres. Si me hubieran sorprendido al pie del árbol, sobre la hierba que me sirvió de lecho, es posible que me encerrarán, con justicia, después de todo, puesto que por no ser dueño de nada, era un presunto enemigo de la propiedad y es justo defender la propiedad contra sus enemigos. La tarea augusta del juez consiste en asegurar a cada cual lo que le corresponde: al rico su riqueza y al pobre su pobreza.

—He meditado la filosofía del Derecho—dijo el señor Bergeret—y he reconocido que toda la justicia social descansa en estos dos axiomas: el robo es punible; el producto del robo es sagrado. Estos principios aseguran la tranquilidad a los individuos y mantienen el orden en el Estado. Si uno de estos principios tutelares fuese desatendido, la sociedad entera se derrumbaría. Fueon formulados al principio del mundo. Un jefe revestido con una piel de oso y armado con hacha de piedra y una espada de bronce, entró con sus compañeros en el recinto amurallado donde los hijos de la tribu estaban guardados con los rebaños de mujeres y de bueyes. Llevaban consigo muchachos y muchachos jóvenes de la tribu cercana, y ple-

todos tienen el valor de leer hasta agotarla. Sin embargo, esta figura de un músico genial puesta en contacto con los distintos medios sociales, afrontada con los arduos problemas de hoy, es una de las más vivas creaciones novelescas contemporáneas. Contrasta esta novela con las dimensiones calculadas y exactas medidas de las novelas al uso; pero también contrasta por su plenitud y humanidad, pese a las largas digresiones y a trozos más bien esbozados que hechos.

De cualquier manera, bien justificadas resultan las palabras de Rolland al terminarla: «He escrito la tragedia de una generación a punto de desaparecer».

En efecto, «Juan Cristóbal», es la historia viva y apasionada de las ideas y de la moral de toda una época.

Nació Romain Rolland en Clamecy en 1866; fué alumno de la Escuela Normal, en París, y pasó luego a la escuela Francesa de Roma. Se consagró a la historia de la música que ha profesado, durante diez años en la Sorbona. Como literato, Alemania e Italia le impusieron a la admiración de Francia misma.

Entusiasta de Wagner y de Shakespeare, no lo fué menos de Tolstoy, quien ni a uno ni a otro quiso reverenciar.

La influencia del gran apóstol ruso en el ánimo de Romain Rolland fué muy honda y, ahora últimamente, en colaboración con Gorki, está trabajando para editar en francés las obras del gran coloso, remediando así todos los desaguisados y tergiversaciones cometidas por una caterva de traductores y editores sin escrúpulos. Hombre de gran carácter en el más alto sentido de la palabra, como lo demostró su actitud durante la guerra, la influencia de Tolstoy que se ejerció solamente en el sentido apostólico, si así puede decirse, no llegó, sin embargo, a quebrantar sus convicciones arraigadas. Y así Beethoven, en cierto modo maltratado por el héroe de Yasnaia Poliana, obtuvo por parte de Romain Rolland un libro fervoroso que todos los trabajadores debieran leer para tener una noción exacta de lo que es un verdadero artista. En los «Cahiers de la Quinzaine» del herético Pegny, publicó la primera edición de sus obras, sin reclamos y sin derecho de autor. Le atrajo el teatro, y pensó oponer a los dramas del adulterio, que el público burgués aplaudía, un teatro lleno de savia popular; recogidas están en dos tomos, el «Teatro de la Revolución» y «Las tragedias de la Fe», sus obras de esta índole, que se completan con un tomo de teoría y de polémica: «El teatro del Pueblo».

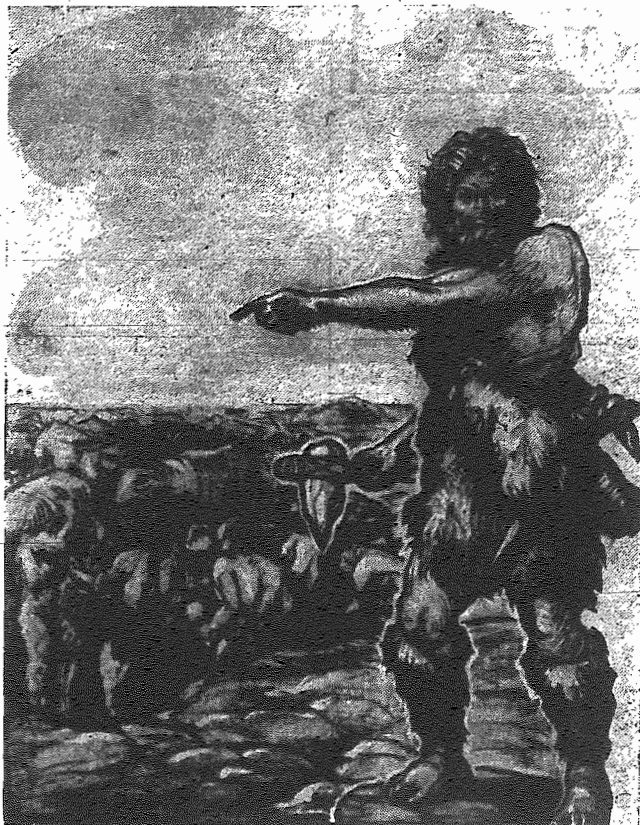
Recatado y ejemplar en su vida, propuso a sus compatriotas como dechados eternos la «Vida de los grandes hombres». Beethoven, Miguel Angel, Tolstoy, Hoche y quizás algunos otros.

Estos son tal vez los libros que se leen con más honda emoción, por la cantidad de fervor que en ellos puso su alma generosa e inquieta de hombre y artista que sueña en una humanidad mejor y que, afrontando la impopularidad, lucha con denuedo para que se realicen sobre la tierra los ideales que son su razón de ser y vivir.

U. N.

La tierra ha sido dada en común a todos los hombres: nadie puede llamarse propietario de lo que le queda después de haber satisfecho sus necesidades naturales. Lo sacó del fondo común y sólo la violencia puede conservárselo.

San AMBROSIO.



dras caídas del cielo, que eran preciosas, porque con ellas construían espadas que no se doblaban. El jefe se subió a un alto, en el centro del recinto, y dijo: "Estos esclavos y este hierro que he quitado a hombres débiles y despreciables, son míos. Cualquiera que pretenda apoderarse de lo mío, perecerá a mis manos".

Tal es el origen de las leyes, y su espíritu, antiguo y bárbaro, precisamente por ser la Justicia consagración de todas las injusticias, satisface a todos.

Un juez puede ser bueno, puesto que no todos los hombres son malos; la Ley no puede ser buena, puesto que es anterior a toda idea de bondad. Las modificaciones que ha sufrido en el transcurso de los tiempos no han alterado su carácter primitivo. Los juriconsultos las utilizaron sin despojarla de su carácter bárbaro. A su misma ferocidad se debe que sea respetada y que resulte angustia. Los hombres tienden a rendir adoraciones ante las divinidades perversas, y todo aquello que no sea cruel no les parece digno de veneración. Los que padecen persecuciones de la Justicia, creen en la Justicia de las leyes, y profesan la moral de los jueces, porque opinan, como ellos, que una acción castigada es una acción punible. Frecuentemente me ha extrañado ver en los Juzgados y en las Audiencias, que el culpable y el juez estaban conformes en el concepto de lo bueno y de lo malo; tienen los mismos prejuicios y una moral común.

—No puede ser de otro modo — dijo Juan Marteau. — El desdichado que roba de un escarapate una salchicha o un par de zapatos, no ha penetrado con mirada profunda y espíritu intrépido los orígenes del Derecho y las bases de la Justicia; y los que, como nosotros no han temido ver la consagración de la violencia y de la iniquidad en el origen de los Códigos, son incapaces de robar un céntimo.

—A pesar de todo — insinuó Goubin — hay leyes justas.

—¿Lo cree usted de veras? — preguntó Juan Marteau.

—El señor Goubin tiene razón — dijo el señor Bergeret. — Hay leyes justas. Pero como la Ley se ha establecido para proteger a la sociedad, no puede ser en su espíritu más equitativa, que la sociedad. Mientras la sociedad tenga por cimiento la injusticia, la función de las leyes será defender y sostener la injusticia, y parecerán tanto más respetables cuanto más injustas sean. Observen tam-

bién que, por ser antiguas la mayor parte de las leyes, no representan por completo la iniquidad actual, sino una iniquidad pasada, más ruda y más grosera. Son monumentos de las edades incultas y difíciles, que subsisten aun en los días plácidos.

—Las reforman — dijo el señor Goubin.

—Sí, las reforman — respondió el señor Bergeret. — La Cámara y el Senado se consagran a ello cuando no tienen otra cosa que hacer; pero el fondo subsiste y es áspero. A decir verdad, no me inspirarían mucho terror las leyes malas aplicadas por jueces buenos. Aseguran que la Ley es inflexible. No lo creo; no hay texto que no se preste a interpretaciones. La Ley ha muerto. El magistrado vive; y esta es la gran ventaja que le lleva; pero, desgraciadamente, no sabe aprovecharla. En general, muéstrase más muerto, más frío y más insensible que la letra de la Ley. No es humano; carece de piedad; el espíritu de casta ahoga en él toda simpatía humana. Sólo hablo aquí de los jueces honrados.

—Y la mayoría lo son — dijo el señor Goubin.

—Sí; la inmensa mayoría lo son — afirmó el señor Bergeret. — Si nos atenemos a la honradez vulgar y a la moral común. Pero, ¿es bastante que sea honrado un hombre para confiarle, sin exponerle a errores y abusos, el monstruoso poder de castigar? Un juez prudente debería unir al espíritu filosófico la bondad sencilla; y esto es mucho exigir a un hombre que estudia su carrera y se propone ascender. Sin contar con que si demuestra una moral superior a la de su tiempo resulta odioso a sus contemporáneos y provoca la indignación general; porque llamamos inmoralidad a cualquiera moral distinta de la nuestra. Los que arraigaron en el mundo una bondad nueva, fueron el oprobio de las gentes honradas. Esto le sucedió al presidente Magnaud.

He leído un volumen con todas sus sentencias, comentadas por Enrique Leyret. Cuando fueron dictadas aquellas sentencias, indignaron a los jueces íntegros y a los legisladores virtuosos; acaso porque ostentaban un espíritu muy elevado y un alma bondadosa. Rebosantes de piedad, son humanitarias y prudentes. En la magistratura se opina que Magnaud careció de espíritu jurídico, y los amigos del ministro Melne le acusaron de no respetar bastante la propiedad. Es

cierto que los "considerandos" en que se apoyan las sentencias del presidente Magnaud son extraordinarios, pues en cada línea se descubren las ideas de una inteligencia libre y los sentimientos de un corazón generoso.

La honradez y la delicadeza son dos virtudes mucho más fáciles de practicar cuando no se carece de nada que cuando se carece de todo.

Lo que no puede evitarse, no debería ser castigado.

Para apreciar equitativamente el delito de un pobre, debiera el juez olvidar un momento las comodidades de que disfruta, a fin de identificarse lo más posible con la situación lamentable del ser abandonado de todos.

La preocupación del juez al aplicar las leyes no debe limitarse al caso especial que se le somete, sino que ha de tomar en consideración las consecuencias, buenas o malas, que puede producir su sentencia en un interés más amplio.

El obrero hace fructifera la industria, y expone su salud o su vida en provecho del patrón, el cual solo puede comprometer su hacienda.

—He citado casi al azar — añadió el señor Bergeret, mientras cerraba el libro. — He aquí frases nuevas que nos comunican las vibraciones de un alma grande.

Anatole FRANCE.

El polígono de las ideas

Por encarnar una idea de progreso, exponerla y defenderla; por defender la verdad y combatir la mentira, sucumbieron, fueron inmoladas, sacrificadas, miles y miles de vidas.

La verdad se impone, el progreso avanza. Pero ¿cómo? ¿A costa de qué?

Al progreso para que no se detenga ante las vetustas murallas que levantan las fuerzas de la reacción, hay que alimentarlo. Hay que tenerle continuamente llena de carne humana su monstruosa boca, para que sus fuerzas no vacilen, para que sus patas no temblequen y para que avancen siempre hacia adelante. Es como las bocas de fuego, de los hornos de los trasatlánticos. Para que las naves crucen el océano desafiando vientos y venciendo las bruzcas arremetidas de las tempestades, los hornos que dan presión a las calderas y éstas mueven la hélice con el vapor que el fuego genera, piden hulla, combustible, incesantemente...

Por defender el progreso y la verdad, el clero hizo morir en presidio y perder la vista a Galileo; por ese mismo delito quemaron a Giordano Bruno; por defender una causa justa y albergar en su cerebro ideas humanas, fueron llevados a las horcas los mártires de Chicago, fusiló Francisco Ferrer, y millares de mártires anónimos; por las ideas están en capilla Sacco y Vanzetti, a pocos pasos de la mortífera silla eléctrica.

Así ha sido y así es la lucha que se sostiene. Contra la razón, el poder; contra las ideas, las armas.

Y esto sucede, porque es a las ideas a lo que más temen los gobiernos, y con los gobiernos los que viven a su amparo y obtienen por sus leyes el usufructo de privilegios de tenidos.

Las ideas son el dinamo que ge-

nera y transforma todos los valores, transmiten energía a los cuerpos estáticos y dan luz a los cerebros obscurificados.

Las ideas no se conforman con sentarse a la mesa y contemplar regocijadas que el plato esté lleno, o más colmado que antes. Ellas quieren, se han propuesto, eliminar todo lo arcaico y malo.

Empeñadas están en derribar el edificio capitalista y el castillo gubernamental. Y para demoler, reducir a escombros cuanto antes esas dos atalayas — pilares y base en que descansa la causa fundamental del malestar social, — dirigen vigorosos piquetazos, horadan, barrenan sus cimientos por los cuatro ángulos atacan con dinamita, para que cuando se produzca la chispa, no quede piedra sobre piedra del castillo feudal...

Eso son, eso trabajan y hacia la destrucción de eso tienden, las ideas anarquistas.

Por eso son tan bárbaramente perseguidos y ultimados sin compasión los hombres que las sustentan, por capitalistas, lacayos y gobernantes.

Por el ultraje inferido a las ideas y por la muerte alevosa con que pagaron millares de hombres, el haber sido ardientes propagandistas de ellas, nos obliga a protestar con dureza, el día 10. de mayo.

J. RODRIGUEZ

La reconstrucción de Europa

Hace unos días, después de una sesión de la conferencia de Génova, la delegación británica anunció que la proyectada organización internacional que las potencias están formando con el propósito de prestar ayuda a todos los países europeos que se encuentran en dificultades, está adquiriendo forma definitiva, y que ha sido robustecida por la adhesión de un número de pequeños Estados de Europa.

Las potencias que organizaron esa corporación son Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Italia y Alemania; cada una de las cuales contribuirá con 4.000.000 de libras esterlinas, lo que da un capital de 20.000.000 de libras. Sin embargo, la adhesión de otros Estados reducirá la participación de las grandes potencias a 3 millones de libras.

Lord Inverforth, presidente de los organizadores, dijo que en el caso de adherirse más tarde también Estados Unidos, será aumentado el capital.

En el preámbulo del memorándum presentado a Rusia se hace mención de dicho consorcio como uno de los proyectos más importantes relacionados con la restauración de Rusia.

La mayor preocupación de los capitalistas consiste en volver al mundo a su antiguo equilibrio económico y político. La última guerra arruinó por igual a vencedores y vencidos, dando al proletariado la posibilidad de suplir a la burguesía en la dirección del Estado. Y es ese peligro, superior a todos los litigios de camarillas capitalistas, el que obliga a los distintos gobiernos a reconciliarse con el bolcheviquismo y aceptar a la vencedora Alemania en el consorcio internacional de los grandes bandidos.

El capitalismo quiere reconstruir a Europa, no para solucionar el problema del hambre en razón a un sentimiento humanitario, sino para prevenirse de contingencias más peligrosas. Responde así a su instituto de conservación y se defiende del proletariado, aun cuando deba transigir con los bandidos rojos y aceptar la colaboración del socialismo de Estado. La burguesía, obrando inteligentemente, hace del bolcheviquismo su tabla de salvación.

LA LEYENDA DE MAKNO

Restableciendo en lo posible la verdad

La revolución continuaba alumbrando las tenebrosidades del pasado, para arrojar de sus inmundas covachas las rutinas y prejuicios de que el pueblo ruso había sido la víctima expiatoria.

Así, los campesinos de toda la Rusia, que son el 85 por ciento de su población total, reunidos en Congreso pan-ruso de Soviets, formado por delegaciones directas de todas las regiones, acuerdan, en junio del mismo año (1917), presentar al gobierno de Kerensky un proyecto de ley, por el cual la tierra se considera propiedad del campesino, siempre y cuando la trabaje, y que pase a ser de otro cuando el primero la abandone o no la cultive.

Makno, en Ucrania, intervino activamente en la preparación de esta ley.

Kerensky, renegando todo su pasado, se negó a firmarla. Su impopularidad, a partir de aquel momento, fué tan grande como hasta entonces lo había sido su popularidad. Allandando, con tan absurda negativa, el camino para quien tuviera la audacia de poner su firma debajo de lo que el pueblo revolucionario había ya hecho y realizado prácticamente, y que sólo esperaba la aquiescencia y la ratificación legal, jurídica, si queréis mejor.

La efervescencia del pueblo contra Kerensky crecía por momentos. Todo el mundo tenía la palabra traición en los labios. Y mientras que el pueblo armado comentaba con acritud y amenazaba con los puños cerrados y las bocas de los fusiles, Kerensky no halló, en su pedantería máxima, mejor remedio que domiciliarse en el Palacio de Invierno y acostarse en el todavía caliente lecho del Zar, que caminaba escoltado hacia Tolbosk.

Surgió lo inevitable. Los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, ayudados por uno o dos regimientos de soldados de Konstadt. DIERON UN GOLPE DE ESTADO, apoderándose del Gobierno y prometiendo al pueblo que toda su voluntad sería ejecutada sin ninguna restricción.

Y para confirmarlo, al día siguiente de la huida de Kerensky, en solemnísima sesión, en el Palacio de Smolny, reunidos en pleno el Consejo provisional de Comisarios del Pueblo, con Lenin como presidente, firmaba el proyecto de ley que los Soviets de campesinos habían elaborado, en sesiones solemnes y memorables, en el mes de junio próximo pasado.

Además de esto, el pueblo quería la terminación de la guerra y la desmovilización inmediata de los 10 millones de hombres que en el frente había.

Rápidamente señalados estos hechos, llegamos a la paz de Brest-Litowsk, firmada la cual empieza la acción verdaderamente heroica de Makno.

Presente están las memorias de todos los variados incidentes que caracterizaron los preliminares que

sirvieron para firmar dicha paz. Y si no lo estuvieran, es igual; no es aquí sitio apropiado para ocuparnos de ello. Solamente haremos recordar que, por ellos, se arrebató a Rusia la Polonia, la Lituania, la Letonia, la Estonia y la Finlandia. Esto como hecho consumado; más las intenciones de los firmantes teutónicos eran muy otras.

Se convino por todos los firmantes que las tropas alemanas que ocupaban parte de Ucrania, por ser fronteriza a Polonia, la evacuaran cuanto antes, y toda la Polonia quedaría para Alemania, mientras que las otras provincias separadas de Rusia, la Letonia, Finlandia y demás, constituirían Estados independientes, que los bolcheviques respetarían.

Además, Alemania tendría un representante diplomático en Moscú, y los bolcheviques otro en Berlín. El de aquéllos fué el conde Mirbach, trágicamente asesinado algún tiempo después de su llegada, y Radek fué el de éstos, expulsado de Alemania al propio tiempo de su llegada.

Pero antes de que estos hechos diplomáticos acaecieran, otros más importantes les habían precedido, aunque diríamos mejor determinados.

Aún no se habían extinguido los ecos de las palabras pronunciadas por los delegados plenipotenciarios de Rusia y de Berlín, secado en el papel la tinta que sus firmas en él dejaran, cuando, por parte de Alemania, considerábase, por segunda

vez, como "papeles mojados" el tratado que acababan de firmar sus representantes.

Efectivamente, a los pocos días el ejército alemán, que según las cláusulas del pacto, debía regresar a la que se había considerado frontera natural de Polonia, abandonando la parte de territorio que tenían ocupado en Ucrania, no sólo no vuelve la espalda, como había sido convenido, sino que, aprovechando que el ejército ruso, al tener conocimiento de que se había firmado el proyecto de ley entregando la tierra al campesino, había abandonado las trincheras y desmovilizándose por su cuenta y razón, avanzó en territorio ucraniano, con la premeditada idea de ocuparlo todo y anexionarlo a Polonia o a Alemania.

La victoria parecía fácil y todo sonreía al socarrón conquistador.

Rusia no tenía ejército. El Estado Mayor del ejército alemán en Oriente sabía que los soldados rusos, en masa, cuerpos enteros de ejército, habían abandonado las trincheras, las fortificaciones, los armamentos, exceptuando el fusil, pues cada uno se llevaba el suyo y algunas municiones; las tiendas de campaña, los cañones, la impedimenta, todo, en una palabra, lo abandonaba; todo, importándosele un comino la guerra y los jefes, y pensando sólo en si llegaría a tiempo a su país para participar en el reparto de la tierra a la que se creía con perfecto derecho.

La ocasión no podía ser más tentadora. Más que si a un niño muy goloso lo dejáis solo en una habitación donde haya montones de pasteles y sea, por tanto, difícil echar de menos si falta alguno.

Alemania se sintió golosa. Pensó que triunfadora nadie se atrevería a pedirle cuenta del latrocinio que iba a cometer, aún a costa de des-

prestigiar sus mismos compromisos.

Apoderarse de Ucrania, de la codiciada Ucrania, granero de Rusia y de casi media Europa, cuando delante no existía un ejército, ni un gobierno, ni siquiera un Estado constituido, y si un pueblo embriagado en su propia victoria, en el champagne de la revolución, era cosa de coser y cantar, y tonto sería quien no aprovechara la ocasión.

Porque, ¿quién se opondría a su victorioso avance? ¿Dónde estaba el osado que se opusiera al avance de sus hasta entonces no vencidos ejércitos, por la rica llanura ucraniana?

No existía ese ente; nadie osaría... Pero Alemania se equivocó.

Angel PESTANA.

LA GUERRA CIVIL EN IRLANDA

Inglaterra, ya que no pudo dominar por la fuerza al pueblo irlandés, desató la guerra civil en Irlanda gracias a sus mañas políticas. El establecimiento del llamado Estado Libre, caricatura de gobierno autónomo bajo la soberanía de la corona, dividió a los sinesinistas en dos bandos, partidarios y enemigos del tratado respectivamente, que mantienen actualmente una guerra fratricida que sólo favorecerá a los plutócratas ingleses.

Recientemente se pretendió efectuar una conferencia de paz, que diera fin a la guerra entre los partidarios del Estado Libre y los irreconciliables republicanos. Pero la conferencia fracasó por completo, antes la imposibilidad de armonizar los criterios y dar tregua a la lucha desatada por el zorro Lloyd George para tener luego el pretexto de echarse de nuevo sobre Irlanda.

Los jefes de la fracción que acepta el pacto anglo-irlandés, ante la resistencia opuesta por los republicanos intránsigentes, ofrecieron realizar un plebiscito que consultara al pueblo respecto de la aceptación o rechazo del Tratado que creó el llamado Estado Libre. Pero los irreconciliables están dispuestos a llegar a los últimos extremos, a la guerra civil, hasta romper esa alianza con los imperialistas ingleses; que significa una traición a los ideales emancipadores del pueblo irlandés.

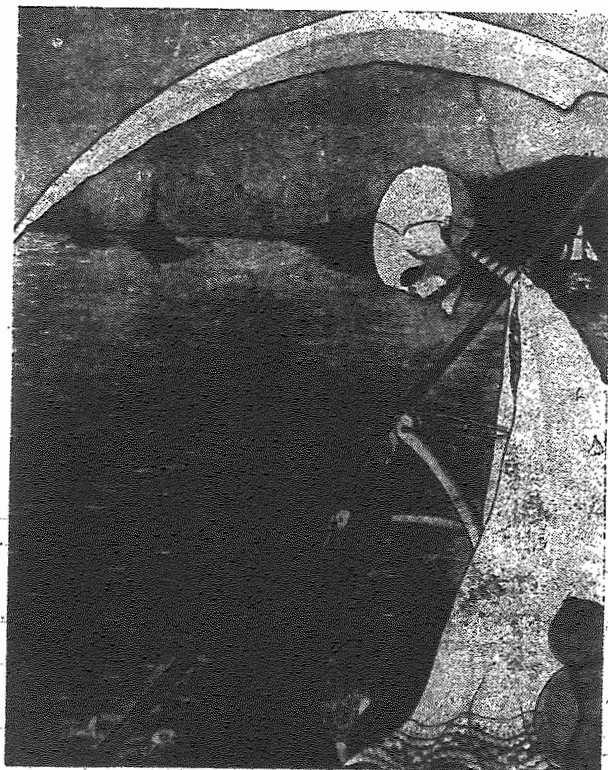
De hecho la lucha en Irlanda cobra un carácter social. La burguesía y el alto clero están de acuerdo con el Tratado, mientras las clases pobres, defraudadas en sus esperanzas de bienestar, sostienen la necesidad de proseguir la lucha contra los señores feudales, sean ingleses o irlandeses. ¿Hasta dónde llegará en su actual revolución el pueblo irlandés?

Lector, ¿harías tú de verdugo?

Entonces, ¿por qué te prestas a fabricar armas y a construir cárceles para sepultar a pobres locos o víctimas de la prepotencia?

Todo esto ocurre porque el hombre se mueve empujado por la triste necesidad, sin reflexionar los actos que ejecuta, sin querer averiguar si estos actos son necesarios o útiles a sus semejantes o perjudiciales y homicidas. "El amo que paga, manda, y yo obedezco", es la respuesta del inconsciente. Y así es como los proletarios envenenan a los proletarios con la fabricación de substancias alimenticias nocivas, les roban con la confección de telas y de utensilios inservibles, les oprimen con la fuerza en los conflictos entre el capital y el trabajo, les encierran y custodian en las cárceles cuando la justicia se eleva un poco fuerte sobre los dolores y las miserias del presente.

La cuestión es siempre la misma. X.



...Y el desarme naval es un hecho

La reacción bolchevique contra el anarquismo

Del periódico "Nueva Senda", de Madrid, reproducimos parte de un artículo en que se evidencia el terrorismo bolchevique y la sangrienta reacción desatada por el gobierno soviético para anular a todos los enemigos de su dictadura. Aparece claro el sistema puesto en práctica por la "Cheka" para suprimir a todos los que por su propaganda representaban un peligro para el Estado y para los privilegios de la burocracia comunista, llegando a límites inconcebibles la persecución emprendida por esos cobardes que se convirtieron en los sabuesos del mismo proletariado ruso.

En el número 159 del "Libertaire", de París, vemos una reproducción del llamamiento que los camaradas Alejandro Berkman y Emma Goldman, lanzan a todos los hombres libres del mundo.

En el dicho cosas graves, conocidas ya de muchos, en parte, anunciando al mismo tiempo la detención del compañero Askaroff y de varios otros anarquistas universalistas.

Ya sabía yo que los bolcheviques no tenían muchos escrúpulos al tratarse de anarquistas, pero no creía que llegaran al extremo de atacar a Askaroff, y con él a los universalistas. ¿Por qué? ¿Quiénes son Askaroff y los universalistas? Veámoslo brevemente.

Los universalistas, podríamos decir que representaban algo así como la derecha del anarquismo ruso. Askaroff es la figura más saliente de los anarquistas universalistas. Estos tenían hacia los bolcheviques ciertos miramientos, a cambio de los cuales podían efectuar una respetable propaganda anarquista en las fábricas, talleres, campos, es decir, en donde hubiera un trabajador. Las concesiones, por parte de los bolcheviques, llegaron hasta permitirles la autorización para editar un periódico, su órgano "Universai", en el momento en que todo lo que oía a anarquista era prohibido.

A dicho periódico le daban papel para tres mil ejemplares mensuales, pero los universalistas procuraban, clandestinamente, para editar hasta diez y quince mil ejemplares, los que repartían como podía por toda Rusia.

Su propaganda atacaba duramente al Estado, bajo no importa qué forma, y propagaba la libre expansión del pensamiento, la fortificación de la individualidad, para que ésta se rebelara contra toda tiranía.

Los bolcheviques declaraban que si todos los anarquistas fueran como Askaroff, a pesar de su propaganda, no hubiera habido represión alguna. Estas palabras un día las creímos, pero hoy, la fatalidad del tiempo nos prueba que mentaban, puesto que los mismos que declaraban esto encarcelaban a Askaroff, acusándolo de bandido y contrarrevolucionario.

Estas acusaciones representan para él la pena capital. Pero no, Askaroff no es un contrarrevolucionario ni puede ser un bandido; esto puedo afirmarlo yo, como pueden afirmarlo todos los que lo han conocido.

Askaroff es un buen anarquista, y por consiguiente no puede ser nada de lo que le acusan los bolcheviques.

Por lo que se refiere a Askaroff, el único delito que ha cometido es el de proclamar públicamente, en el propio Moscú, y delante de unos cuantos delegados obreros de diferentes países, el fracaso de la dictadura del partido comunista.

Esto fué el 13 de junio de 1921, en el Club universalista de la calle Frerskaja, en el que dió Askaroff una conferencia. Allí había delegados italianos, franceses, españoles, rusos y, entre éstos, algunos de la Tcheka.

Askaroff lo sabía, y en un momento inolvidable, mirando a la Tcheka, empezó a hablar, haciendo la historia desde los días gloriosos de octubre de 1917 hasta la fecha, de todos los acontecimientos en que los anarquistas tomaron parte activa en la defensa de la revolución, terminando su interesante conferencia, exclamando:

"Después de haber provocado y por

tribuido al triunfo de la revolución, después de haber dado constantemente nuestras fuerzas físicas e intelectuales a la revolución, después de haber vertido nuestra sangre y ofrecido nuestras vidas, los gobernantes, en nombre de esta revolución que tanto amamos, nos declaran fuera de la ley "revolucionaria", prohibiendo toda nuestra literatura, declarando ilegales nuestros periódicos y todas las obras de Kropotkin y otros"....

Este día empezamos a conocer cosas y hechos para nosotros desconocidos e increíbles, que nos dejaban aterrizados. Allí conocí a los compañeros Alejandro Berkman, Emma Goldman, Shapiro, Nicolénko y otros, y desde entonces nos vimos constantemente con dichos compañeros, con los que cambiábamos impresiones diariamente, discutiendo los diferentes aspectos en que se presentaba la lucha en los diferentes países, después de los graves problemas provocados por la revolución rusa.

De esto ya hablaremos más adelante. También hablaremos en otros artículos del punto de vista de los universalistas hacia la Revolución rusa, así como hacia el movimiento internacional; limitémonos hoy a comentar el llamamiento de Berkman y Goldman.

Anunciándonos estos compañeros la detención de los universalistas, quise decir que en Rusia no queda ni un solo anarquista libre.

Askaroff no pensaba que lo defenderían, puesto que cuando me despedí de él, dándome una carta par su compañera que se encontraba en París, me dijo:

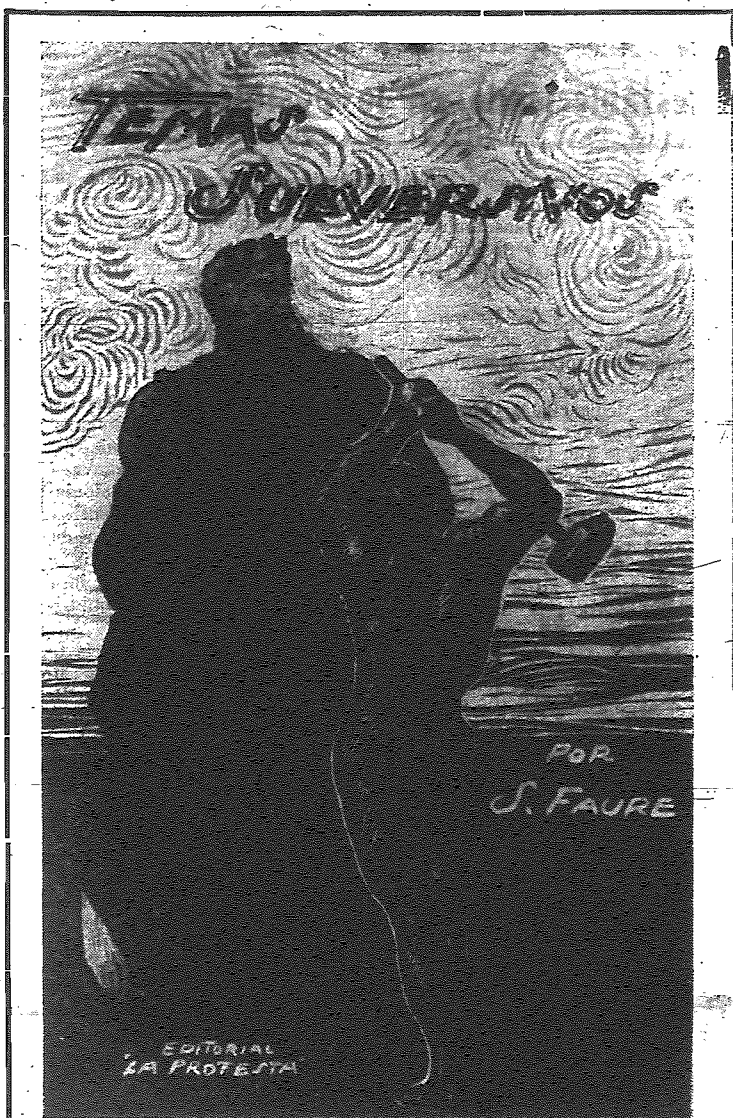
"Dile que pienso estar muy pronto a su lado". Y, sin embargo, está siempre en Moscú y lo que es más grave aún es que está en peligro de ser fusilado una de estas mañanas.

Nosotros debemos protestar enérgicamente, llevándoles el afecto de nuestra solidaridad moral y material: es decir, a nuestra palabra hay que unir la acción para hacer sentir a los gobernantes rusos que todos los hombres libres del mundo saben que ni Askaroff, ni ningún anarquista de los que han matado, son otra cosa que unos hombres que han quedado fieles a las doctrinas de la Anarquía y que, por consiguiente, como se res que están muy por encima de estas amalgamas políticas, no pueden colaborar con los que dictan leyes, ya sea en los Parlamentos burgueses, ya sea en los Comités de los Partidos Comunistas, puesto que dichas leyes siempre han de servir para aplastar con su peso a los que sufren.

Los anarquistas rusos, comprendiendo que la revolución de su país fué el primer acto de la gran cruzada de esclavos contra tiranos, no cesaron en su actividad de educación del individuo para arrancarlo de esta masa que sigue al último que mejor le habla: esta actitud irritó a los bolcheviques, su voz nerviosa de tonos acres y amenazantes iba en aumento a medida que los anarquistas, con su palabra serena e implacable, profetizaban el trágico fin de la revolución de octubre.

Los anarquistas, estos eternos fiscalizadores de la obra estatal, veían que las inmundicias de la corte zarista, exteriorizadas por su trágica Otkrana, no habían desaparecido bajo el régimen de los soviets, sino que habían encontrado buen refugio en las lustedes de la Comisión extraordinaria (Tcheka).

Ellos clamaban con gritos coléricos y angustiosos porque temían por la suerte de la revolución, lo que no se les estaba permitido. Lo único que podían hacer sin peligro era contemplar la victoria de los comunistas de Estado; pero los anarquistas, por su honradez y su revolucionarismo, cual místicos amantes de la verdad no aceptaban esta escabridad, rebelándose contra el poder dictatorial que ellos consideraban como fatal para la revolución. Aquí coinciden con los más grandes revolucionarios de otras épocas; por ejemplo, con el gran teórico de la Anarquía, Godwin, contemporáneo de la revolución de 1789-93, quien vió por sus propios ojos cómo la autoridad gubernamental, creada durante y por



El presente dibujo, obra del compañero J. Lluch, irá en la portada — a dos colores — del libro de Sebastián Faure, "Temas Subversivos", que contiene 12 importantes conferencias, publicadas en folletos por separado, por la Editorial "La Protesta".

la revolución, convirtiéndose en un grave obstáculo para el desenvolvimiento del movimiento revolucionario.

León XIFORT.

París, marzo de 1922.

Instantánea

Abre el lacayo la portezuela del carruaje que aguarda ante la lujosa mansión, y con su pagada zalema da paso al señor que va a subir. Arrancan los fogosos alazanes que recuerdan estampas de centauros... Ya doblan la esquina. De repente, un ¡ay! de espanto encoje todos los corazones y atrae todas las miradas. Es el grito oportuno de una mujer que salva de caer bajo las ruedas del carruaje a un pobre hombre, un obrero...

—No ha pasado nada, — exclaman, prosiguiendo su camino los transeúntes que presenciaron este vulgarísimo incidente callejero... El obrero recoge del suelo su sombrero que derribó el súbito y resaca de su cuerpo; y envuelto en una mirada amenazadora como unos puños crispados, al lacayo que le atropelló: éste, con su estúpida sonrisa, métese de la amenaza y el señor,

que se asomó por la ventanilla del "coupe", vuelve, indiferente, a arrellanarse en los blandos cojines; y arrancan de nuevo los fogosos alazanes que recuerdan estampas de centauros...

—No ha pasado nada! — exclaman los que presenciaron este vulgarísimo incidente callejero; pero en mi alma quedaron grabados con no sé qué odios y esperanzas — visión instantánea de un símbolo — la mirada amenazadora como unos puños crispados del obrero, la sonrisa estúpida del lacayo y la indiferencia del señor!...

Tristán TAHUI.

Ese socialismo católico que se niega a la lucha, que apenas reclama algunas reformas anodinas, que reconcentra toda su actividad en mítines y procesiones, que mantiene a los cerebros en tela, que trata de perpetuar entre los humanos el miedo ingenuo, la superstición pueril y dura del hombre solitario en las selvas vírgenes, ese "socialismo católico" sólo es, a su pesar o a sabiendas, un auxiliar en manos de las clases dirigentes.

J. Malatesta.

El soci...
reamente...
na no com...
políticos...
ellos el in...
gaciones...
que repre...
sa, por su...
metido a...
ría intelli...
todo part...
principio...
la libertad...
sacrificio...
neficio de...
mayoría...
minoría d...
La frac...
significan...
completam...
miento rev...
de fervor...
Surgió en...
proletaria...
mientos ex...
el desarrol...
mial e ide...
mento arre...
lista, lleva...
viones cen...
curso de l...
se present...
resistencia...
pregonado...
tempestades...
las del par...
En el fo...
cialista se...
disciplina...
toritaria de...
que no pue...
predominio...
nación. Se i...
sa, el respet...
la adoración...
zan su aut...
tendida san...
mediante in...
resoluciones...
y sin person...
tismo disfr...
encubierta, a...
partidos pol...
la vedado e...
te a los jefe...
que la estab...
dirigentes.
Pasa por...
llamado Par...
te único sat...
los dirigent...
y Media y T...
aleja toda p...
cimiento de...
dominismo...
cialista la o...
esa pequeñ...
de su seno p...
cionales y p...
as.
El llamado...
cional en el